

JORGE VEGA MÉNDEZ

TESTIGOS DE LA LUZ



LUMEN COR
El Corazón es la Luz



PRÓLOGO

Al anochecer, se vuelve a casa después de una jornada de trabajo, de facultad o de colegio. Con el mismo ritual, pero al aire libre, las personas en situación de calle buscan un lugar donde pasar la noche, la gran mayoría solos o, a lo sumo, de a dos. En algunas partes, se forman ranchadas. Con los años, fui aprendiendo que no hay que ayudarlos solamente con nuestros criterios, sino con los que ellos demandan o necesitan.

El testimonio de **Jorge Vega Méndez**, narra, en primera persona, la historia de miles de jóvenes que, cada noche, desde movimientos y parroquias, salen a llevar comida, pero sobre todo a dar amor para paliar el mayor de los males que es: "la soledad". Es bueno también entender la motivación: el qué los mueve. Es muy loable hacerlo desde una ONG y ayudar al prójimo, pero para un cristiano el verdadero móvil es ver a Jesús en el otro, ese hermano que está allí, es también hijo de Dios y como el buen Samaritano, al verlo mal herido se nos conmueven las entrañas.

Hay personas que quedan en situación de calle por un tiempo, vienen a buscar trabajo del interior del país, después de alguna semana, no pueden pagar la pensión, les retienen las cosas, terminan en la calle y, a los dos días, están sucios. Puede llegar a ser transitorio, no pertenecen allí. Para otros, con algún problema familiar y muchas veces de adicciones, es el lugar que habitan. La mayoría de las personas circulamos frente a ellos con cierto temor o los hacemos invisibles.

En diálogo con el Espíritu Santo, Jorge usó sus dones para organizar a los voluntarios y formar "Posaderos"; siempre es importante convocar, pero vayan estas páginas para agradecer a tantos voluntarios anónimos que ponen su tiempo, su profesión y sus bienes al servicio de los más vulnerables.

Valga para ellos el texto de San Mateo en el capítulo 25: *“Tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber”,* porque *“cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron también por Mí”* (Mt 25,35-40).

Pbro. Guillermo Marcó

Director

Pastoral Universitaria

Arzobispado de Buenos Aires

INTRODUCCIÓN

¿Por qué nació *LumenCor*? Pensé largamente en esta pregunta. Y charlando con mi amigo Georgie, lo comprendí: Yo simplemente **quise dar mi luz y mi amor a los demás**. No es que haya creado *LumenCor* para ayudar a los otros. Sino que fue al revés...

Porque los amaba primero, es porque creé *LumenCor*. Antes de que *LumenCor* existiera, yo caminaba junto a ellos, los escuchaba, los ayudaba, compartía con ellos mi tiempo, mis penas y alegrías, **ellos eran mis amigos**. Y sufría al verlos sufrir. Ese sufrimiento fue el motor. Pero, ese sufrimiento no era más que la otra cara del amor.

Porque los amaba, es que sufría. Y yo quise entregarles mi tiempo y mi vida, para que sanaran, para que tuvieran a alguien en quien confiar, alguien en quien pudieran apoyarse, un amigo, que velara por ellos. *LumenCor* no fue sino el resultado de mi amor por mis hermanos. ***LumenCor* fue fruto del amor.** Nunca pensé en crear una fundación. Es el día de hoy que no sé en qué momento sucedió. Creo que, simplemente, pasó porque ese nunca fue mi objetivo. *LumenCor* fue el corolario del amor.

Esta es mi historia junto a ellos...

PARTE I

LO ÚNICO QUE NOS MUEVE ES EL AMOR

Tuvimos un sueño y lo hicimos realidad...

*Cuando el Cardenal Bergoglio me preguntó:
¿Qué los mueve?, le respondí, sin pensarlo:*

“Lo único que nos mueve es el amor”.

“¡Los vamos a acompañar!”, me respondió.

CAPÍTULO I

CÓMO CONOCÍ A JESÚS

*“Vengan a mí todos los que están afligidos
y agobiados, y yo los aliviare”*

(Mt 11,28)

“Él se entrega, Él se enciende, se muere, y vuelve a nacer; y Su Luz nos llena de paz y alegría, pero también de un espíritu misionero, que no podemos contener, un espíritu sin temor, que quiere salir al mundo y gritar que: ¡Dios nos ama!”

Una puerta de luz se abre en mi vida

Corría el año 2006. Me encontraba trabajando en el área de *Relaciones Institucionales* del Banco Central, enfocado únicamente en mi crecimiento profesional y en mis metas personales. Cierta noche, al salir de la oficina, cuando las calles ya estaban vacías, y el silencio invadía la gran ciudad, cuando solo podía escuchar el bramar de mis pensamientos inquietos, y mis pies cansinos buscaban un lugar donde descansar, me llamó la atención ver luz en una iglesia. No solía ir a esa iglesia y, a decir verdad, hace mucho tiempo que no iba a ninguna. En algún momento, me había distanciado, quizá por el cansancio o la rutina. Pero, esa noche ingresé a aquella parroquia, atraído por la tenue luz que se asomaba detrás de su puerta, tal vez buscando refugio para mi alma apesadumbrada.

Alguien estaba cantando como un ángel. La música me envolvió y me estremecí hasta las lágrimas. No lograba comprender qué extraño evento se desarrollaba en la parroquia a esas horas de la noche. Sin embargo, me arrodillé y comencé a rezar. Cerré mis ojos, respiré profundamente, y me dispuse a escuchar. Aquel canto era más que una bella melodía, era una alabanza. Nunca había escuchado a nadie cantar así. Al abrir mis ojos, me emocioné al ver a un joven, de unos 20 años, en su postura de entrega, casi como queriendo “fundirse” con *Aquel* a quien amaba: el *Santísimo Sacramento* estaba expuesto en el altar.

Su canto era como una suave plegaria. Su mirada se deleitaba en el Santísimo, mientras cantaba; su voz se “comunicaba” con Él, había allí en una verdadera comunión espiritual; aquella alabanza se expandía en el templo, como una luz que emergía en la oscuridad. Esa noche comprendí lo que significa “adorar” a quien uno ama.

Permanecí allí al menos una hora. Su canto había aliviado mi pesar, la angustia se había ido; me sentía libre, con el alma "liviana", como si, de pronto, me hubiera librado de unas pesadas cadenas, que me aprisionaban y no me dejaban respirar. La *Luz del Santísimo* me había liberado; Jesús había quitado el negro velo que cubría mi alma, para que yo viera todo más claro. Tuve el impulso de acercarme a aquel joven para agradecerle por su hermoso canto. Esa profunda paz que invadía mi alma, era fruto de su alabanza. La paz había invadido todo el templo. Sentí la obligación de felicitarlo, él debía saber que su canto me había sanado.

Me acerqué, entonces, en silencio, mientras él guardaba su guitarra. "*Realmente me cautivaste*", le dije. "*¡Tenés un don!*". Él se dio vuelta y sonrió: "*¡Gracias!*", me respondió sorprendido. "*Me llamo Horacio, ¿y vos? Creo que Dios te envió esta noche, para acompañarme; estoy buscando voces para formar un Coro de Adoración Eucarística, ¿te gustaría sumarte?*".

La primera palabra que vino a mi mente fue: "No". Pero, luego, pensé: ¿Acaso voy a escapar de aquello que me ha sanado? Aquella noche, había sucedido algo incomprensible, y tuve miedo de decirle "No" a *Aquello* que me había sanado, de darle la espalda al mismo Dios, que esa noche me estaba invitando a adorarlo.

Entonces, aun en contra de mis pensamientos, acepté la invitación. "*Claro, me sumo, ¿cuándo empezamos?*", le pregunté inquieto. "*El lunes que viene, te espero acá mismo, a las 7*", me dijo. Ya estaba hecho. Había asumido un compromiso. ¿Qué había hecho? Yo no tenía tiempo para cantar; debía ocuparme de mis obligaciones en el Banco Central. Pero, ignoré todas mis voces interiores que se rebelaban y, confiando en *Aquella Fuerza Sanadora*, seguí adelante.

Ese día, comenzó una amistad que aún perdura. Todos los lunes, adoraba a *Jesús Sacramentado*. Había encontrado un espacio, un amigo, y luego, a varios nuevos amigos. En aquel momento de Adoración el mundo se detenía, nosotros adorábamos

a Jesús, con cantos de la Comunidad Taizé¹, en la *Parroquia de Loreto*, mientras rezábamos por todos los voluntarios de la *"Noche de la Caridad"*, que saldrían a ayudar a nuestros hermanos más necesitados. Aquella noche, había atravesado una puerta de luz. Me zambullí en un mundo de adoración y alabanzas, donde las cargas se esfuman y las penas se convierten en alegrías.

Esta es mi historia, la historia de **LumenCor...**

El "fuego" del Amor de Dios

Los días transcurrieron, y los meses también. Lejos de ser una carga, adorar a Jesús era para mí la "alegría" de ir al encuentro de Dios, y de congregarme junto a mis hermanos, con quienes ahora compartía una misma fe. Cada noche, durante la Adoración Eucarística, sentía el "fuego" del *Amor de Dios* arder en mi corazón; comprendí, entonces, que lo que nosotros hacíamos no era simplemente "cantar" sino "amar", a través de cantos y alabanzas, a *Nuestro Señor Jesucristo*. Eso, es algo totalmente distinto.

Él se entrega, Él se enciende, se muere, y vuelve a nacer; y *Su Luz* nos llenaba de paz, amor y alegría, pero también de un espíritu misionero, que no podíamos contener, un espíritu sin temor, que quería salir al mundo y gritar que: **"¡Dios nos ama!"**. En esas largas noches de Adoración, Dios transformó mi corazón y cambió mi vida para siempre.

Ya no me interesaba la "gloria" en mi trabajo, ahora quería alcanzar la *Gloria de Dios*. *"Fue para esto que Él los llamó mediante nuestro evangelio, para que alcancen la gloria de nuestro Señor Jesucristo"* (2 Tes 2,14). Dios había redefinido mis prioridades.

1. *Comunidad de Taizé*, comunidad monástica cristiana ecuménica, fundada en 1940 por el teólogo suizo Roger Schutz, conocido como el *Hermano Roger*, en la localidad de Taizé, Francia.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
A los voluntarios de <i>LumenCor</i>	7
A mis amigos	9
Prólogo	11
Introducción	13
PARTE I: Lo único que nos mueve es el amor	15
CAPÍTULO I: Cómo conocí a Jesús	17
CAPÍTULO II: Jesús nos envía a la misión	27
CAPÍTULO III: Compartir un pan de vida	43
CAPÍTULO IV: Un camino de redención	55
CAPÍTULO V: Remar mar adentro	69
CAPÍTULO VI: Lo único que nos mueve es el amor	79
CAPÍTULO VII: Hijos de la luz	93
CAPÍTULO VIII: Un corazón de luz	107
PARTE II: Los llamo amigos	117
CAPÍTULO IX: Más allá de mis límites	119
CAPÍTULO X: La confianza obra milagros	133
CAPÍTULO XI: Dieu, mon Dieu	149
CAPÍTULO XII: La música de su corazón	171
CAPÍTULO XIII: Hombres de barro	183
CAPÍTULO XIV: El aroma a café es la salida	193
CAPÍTULO XV: Un ángel para <i>LumenCor</i>	201

CAPÍTULO XVI: Sanados para servir..... 215

PARTE III: Guerreros de la luz 235

CAPÍTULO XVII: Abrazar la cruz de Cristo 237

CAPÍTULO XVIII: ¡Ven y sígueme!..... 267

CAPÍTULO XIX: Corazones piadosos 287

CAPÍTULO XX: Laberintos de dolor 309

CAPÍTULO XXI: Mi tesoro en el Cielo..... 323

CAPÍTULO XXII: Apacienta mis ovejas 345

CAPÍTULO XXIII: Amar, siempre primero 365

Epílogo: Nacer a una nueva vida 391

La ayuda sos vos 407

Agradecimientos 411